

Caricatura Soterrada



La revelación de esas "blanduras" que esconden los personajes de Espinola puede reconocerse en "Visita de duelo", en esta confesión de un padre recordando la muerte de su hijo, quien nunca besó: "¿Por qué un padre recordando la muerte de su hijo, quien nunca besó, se queja de que una mujer es bárbaro Reservado, seco con la mujer, con los besos de una virgen cuando sentimos que vamos a ser blancos... ¿o halla? Sobre la misma convicción se trama su cuento "Todavía no". El comportamiento de esos seres, así como el de toda otra especie humana, muestran los propósitos de Francisco Espinola, una sensibilidad, un "frisson nouveau" para usar la divulgada fórmula. De ahí que la consideración del mundo por Espinola, a través de sus cuentos es el paso previo para el entandimiento cabal de una de las creaciones literarias más sucesivas del país.

Los nueve cuentos de Raza ciega se abren a una inspiración pareja a una organización narrativa similar. En todos los casos Espinola orienta el material que deriva por lo más importante y decisivo de lo trágico, y así permite que el lector, en un momento pitagórico, la muerte humana, su inminencia amenazante otras veces, en la conjuntura preferida, por la mano del destino, como un cuadro firme de la vida aparente y un develamiento de la vida profunda.

Los toques humorísticos que matizan personajes y que penetran el estilo narrativo no distorsionan sino que, por el contrario, acrecientan, median y una ley de equilibrio, el patetismo trágico que inspira al escritor. El establece la unidad real del libro, y así el mundo crudo que aquí se revela de un ardor sanguíneo donde está patente la intensidad dicente de su autor, una poderosa subjetividad que el mismo trágico dispone de hecho campo. Si atendemos a la famosa distinción de Nietzsche, es justamente este destiempo de muerte, sangre, dolor, lo que da la pauta de la vitalidad intrínseca, todavía limitada, del creador, de la energía positiva que domina. Una de las "cosas de las cosas", "Cosas de la vida", presenta casi explícitamente esta conjunción, aproxima la muerte más próxima, la realidad bárbara, con el nacimiento y la nueva vida, con la más respetuosa delicadeza, y empalma los contrastes dentro de una violenta agitación de la naturaleza en una noche de espasmos tormentosa.

★ Esencia universal

La tarea de Espinola está movida por el propósito de develar la verdad seria de una "raza" que parece ignorarse a sí misma, ser "ciega" acerca de sus más íntimas leyes, de tal modo que el libro funciona como la conciencia reflexiva donde alcanzan paz sus seres, y a ellos se ofrecen en última instancia como rescate de su vivir aparente. Pero lo que de ellos descubre Espinola no es un rasgo peculiar, propio de la región, o de la nacionalidad, o de la circunstancia histórica o social en que viven, sino un rasgo esencial, propio de la condición humana universalmente considerada; es aquí que se evidencia ese sutil pacto entre lo regional y lo universal que intentó la escuela americana de la poesía, una conciencia que puede estar en Homero, en Shakespeare, que obviamente está enunciada en el Evangelio, porque lo que Espinola muestra es la pura soterrada de la caridad.

El hombre pálido que ha venido a contar, abandonará la mesa bajo la luz cenicienta porque "los ojos grandes y negros" de Elvira "eran de un mirar tan dulce, tan claro, tan tristes, que hasta a raya el apetito, y ponían almas de angui y las más pasiones". Por un lugar del negro: "si se salieran un lugar hacia adelante, se iluminaría la ceguera la iluminación, y abre su

ha entrado por hacerse el ángelito". Y en "Cosas de la vida" los asistentes se organizarán del robo ante el espectáculo de un nacimiento que sumergirá: "ese José María era un sueño, un sueño extraño, un sueño que no tenía más imágenes que sonidos, palabras corizadas"; y que hará decir a uno de ellos mirando a la niñita: "[M]iñita! [M]iñita! No tenga miedo, no tenga el ojo, con la mano que irrealiza la vida de la caxita en su greda... — ¡No tenga miedo! ¡No ve que nosotros la queremos mucho y le vamos a dar un regalo que me gusta mucho". Pero, de golpe, se detuvo. Y como si su mano helada, puesta en su frente, le levantara la cabeza, se incorporó."

El espíritu de la caridad funciona dentro de un mundo bárbaro, entre personajes que se caracterizan por formas espúreas, pero evidentemente está tan enraizado en estos seres, tan ajustado a su mundo, que puede ser escrita, que sólo puede filtrarse en la oscuridad anterior a la vida. Eso es lo que quisiera Espinola, eso es lo que quizás pueda discutirse al autor y muchos escritores actuales estarían dispuestos a darle la réplica. Si estos personajes hubieran sido más humanos sujetos aquellos dos versos: "Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia/ Yo sé que daré, en la vida, un regalo".

Tan es así que Espinola se propone siempre sorprendernos, colocándonos en situaciones que nos obligan a reaccionar con el menor tiempo de reflexión posible. En "Verra", Eugenio le salva la vida, pero él se le ofrece un regalo; por un impulso irreprimible de su ser de hombre que le reclama acuciosamente un "regalo" moral, bello, e incluso luego tratará de escamotear su propio gesto. En "María del Carmen" esa solidaridad humana se inserta en un "regalo" moral bárbaro, y Nicanor no reaccionó ante la muerte de su hijo: "No hay nada que darle, en la vida, un regalo".

Los sobrecogimientos repentinos y delumbantes que asientan a las criaturas de Espinola en estos relatos pueden ordenarse en líneas de fuerza y aún pueden unificarse hacia un punto único: es el sentimiento filial que se manifiesta en "El regalo", el sentimiento paternal ("Visita de duelo"), "El ángelito", es, más que el amor, la ternura amorosa que se manifiesta en "El regalo". En general es un movimiento del ánimo que en un espontáneo gesto va haciendo de la infancia, que rechaza el mundo adulto, recobra la infancia; por último es simplemente un estado íntimo, donde el ser flota en una entrega, en una entrega que, por último, tiene contacto con lo material hasta que ser sólo sensibilidad fluida cuya evidencia es la luz de la luna o simplemente el bláncor.

"La carne blanca, blanca como canchales, había como plumón de que se habla en "El hombre pálido"; la franja blanca lo atraviesa por el medio parecía el humo de una fogata, la franja blanca del cuento del cuento "Pedro Iglesias", busca a su padre que imagina encendiendo fogatas junto a "Dios de la barba blanca"; el ángelito, "El ángelito" el progresivo despegar de la tierra, de la realidad que es muerte pasada o futura, bajo el influjo del momento, del calor de la luna, a la búsqueda de una felicidad sin formas donde el hombre se anega y se pierda."

★ Inmersión regional

Lo singular de la literatura de Espinola es que tal ansia de irrealidad, de fuga y retroceso, adquiere

la necesidad de un arte que supere las limitaciones del mero realismo, un arte que recorra la imprecisión alta de los clásicos, situando personajes y vivencias en una perspectiva más allá de su propia dimensión, juzgados en su esencialidad. Es así la inquietud que subyace tras su Milón y la que motiva algunas correcciones de los cuentos de Raza ciega, donde se parece haber encontrado todavía la formulación adecuada. Donde la Ceguera ahora está fuera de su dimensión "[Crininal] [Bandido] — gritó la vieja a Pedro, yéndoselo encima", encontramos ahora esta frase donde el arte de impostación franca: "[Mal hombre] [Hijo de qué entrabas, que no las miras] — gritó Casilda a Pedro, yéndoselo encima". Del mismo modo la frase de Nicanor "[Si será disgracia y pillot] que deviene "[Si será mal alma".

★ Tres cuentos memorables

Los siete primeros cuentos de Raza ciega con los que irrumpe dominado por Francisco Espinola en la literatura son un hito de nuestra historia literaria. Pero a ellos hay que agregar tres cuentos memorables que publica años después, donde el influencia de su carrera, "Los cinco", "¡Qué lástima!", "Rancho en la noche". La espontaneidad ha adquirido un grado de libertad que permite que el autor, perder la original incitación nativista por estos cuentos ha pasado la enseñanza artística de la vanguardia. Hay aquí un mundo real y el mundo literario que permite establecer, en paralelo de una alta resonancia, el contrapunto entre el mundo real y el mundo literario y recoger firmemente la aventura de su frustración.

La fractura del vivir cotidiano que, en Raza ciega, se operaba por la acción de la repentina tragedia y revelaba la esencialidad humana, así ofrece una hendidura donde emerge una realidad escondida, ahora es traspasada por Espinola a otras coordenadas: las del querer ser. Es un desafío forzado querer ser que inventa un universo ilusorio, torpemente proyectado más allá del mero ser y estar en la circunstancia real de los personajes: son los caballos de arpillera de "Los cinco"; la fraternidad de los borrachos de "¡Qué lástima!"; la transposición en figuras ideales de los superiores de "Rancho en la noche".

La distorsión de lo real ya no viene impregnada de patetismo sufrimiento, sino que conduce a un ilusionismo cuya eficiencia literaria depende en mucho de que se ha acrecentado el efecto de distanciamiento — el autor percibe sus criaturas narrativas lejos, desde lo alto — y a la incorporación más desmembrada del humorismo. No hay aquí sátira ni ironía. Se trata de un humorismo tierno, capaz de simpatía sonriente y de gracia, que pone un aura cordial a las historias contadas. Pero en él está infiltrado el habitual decaimiento que viene vinculado a este tipo de humor. El ocasional aluceto literario que en Raza ciega influye en los momentos existenciales — por ejemplo el comienzo de la fiesta en "El ángelito" o la pelea de las mujeres en "María del Carmen" — (Pasa a la Pág. 28)

LA CARIDAD...

(Viene de Pág. 21)

adquiere en estos cuentos la importancia central de un sistema expresivo. Las historias, los personajes, devienen el material de un juego que es lírico, y tierno, y sensible. La levedad con que están contruidos estos cuentos, la sutileza de su estilo, la cautela con que en ellos se adelanta la sugestión burlona, el dibujo muy afinado con que en ellos se retrata, corroboran el planteamiento lúdico donde las acciones algo disparatadas de estos muñequitos pintorescos —parecidos a nosotros— que se mueven en el tablero, nos atraen y enternecen, a la vez que nos divierten.

Decíamos descreimiento, porque el efecto de humor radica en la distancia que va del ambicioso querer ser de los personajes, posesionados de sus papeles ilusorios, a la realidad de su ser que el autor les opone con esguinate de picardía, un poco al modo lopista de burlar con la verdad (Recuérdese la feliz Gatomaquia con que al final de sus días transforma Lope a su dolorida Derotea juvenil). Espinoza ha dejado atrás el período trágico de su Raza ciega y sus Sombras sobre la tierra, y está ya en las coordenadas que lo conducen a Don Juan el Zorro. El ilusionismo estético, el doble juego humorístico de realidad y fantasía, sustituyen su patético adentramiento en la raza cruda; el drama da paso a la fantasía, y a ella todavía está adherida —por ejemplo en “¡Qué lástima!”— un resabio de esa esencialidad humana de índole moral donde encontrara antes el valor universal. El valor universal lo busca ahora en el arte, y esa dirección puede verse en el modo de elaborar, en “Rodríguez”, uno de los grandes temas tradicionales de la literatura.

La transformación afecta también la jerarquía de valores establecidos juvenilmente. Aquel ensueño alto, aquella ternura tan pura que sólo el blanco más blanco podía expresar, está de nuevo en “Rancho en la noche”. A la luna dicen las estrellas: “¡Qué blancura tan blanca! ¡No hay blancura más blanca que tu blanco! ¡Santo blanco, tu blanco!”... “Pero ella no escucha. Embebecida en sí misma, sueña un blanco que es más blanca, más blanco, todavía”. A lo largo de este cuento, trabajado con formas expresionistas disueltas vez a vez por el toque realista, simultáneamente con la pérdida de la fiesta por Pata de Palo, Arbol y Muerte, se opera la disolución del blanco por obra de una nube negra a la que concurre el polvo de la tierra. La frustración, en última instancia, del ilusionismo, es igual en los hombres que en la naturaleza, y ya “Los cinco” lo habían experimentado en triste carne propia. Pero de ella queda un sutil arabesco artístico impregnado de indulgente afectividad.

Es el prodigio del arte que Espinoza ha llegado a entender hondamente, y con el cual ha enriquecido, soberanamente, nuestra literatura.